

Recibido: 11.10.2018 | Aceptado: 27.11.2018

Palabras clave: Aulas, educación, estudiantes y mobiliario.

El orden planetario y la forma de aprender

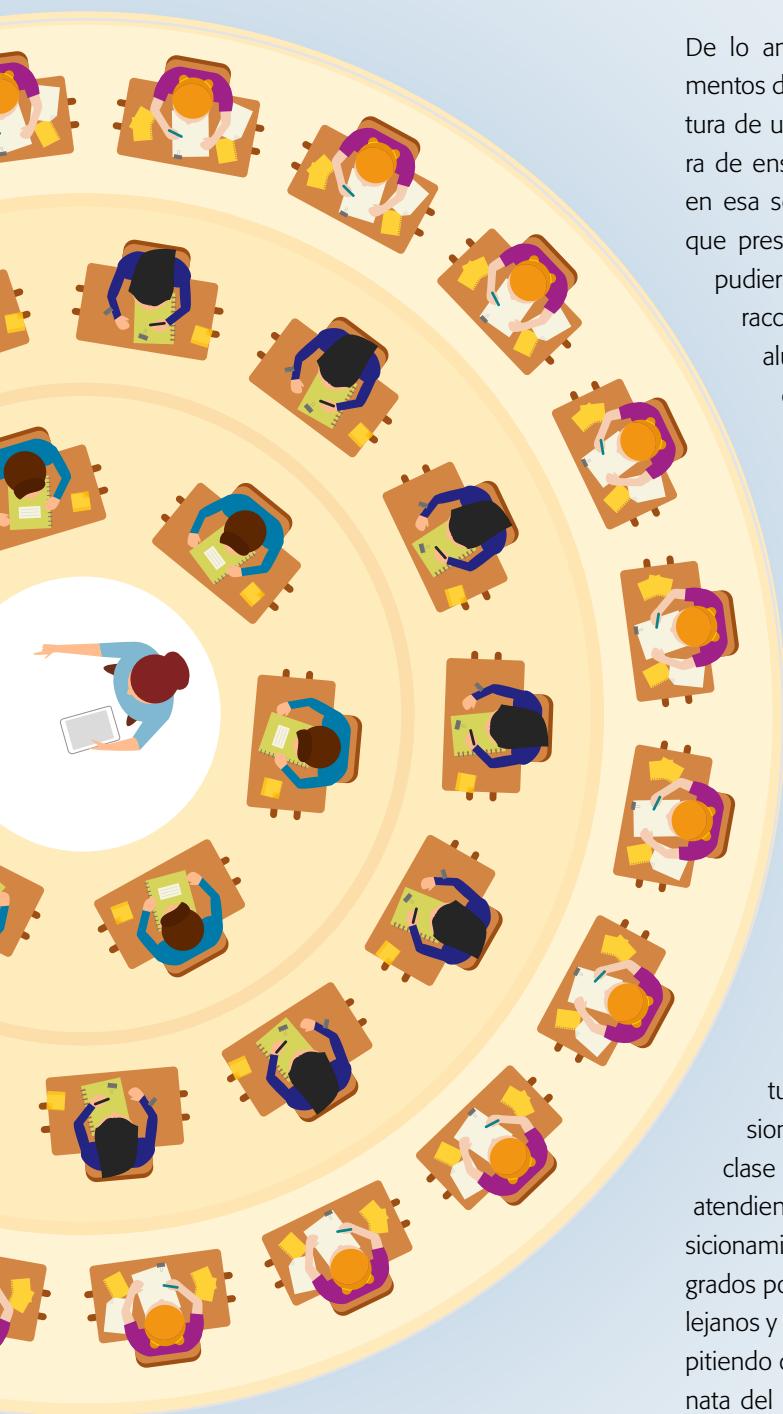
ISRAEL ALBERTO SERRANO TORRES

israel.serrano@uaslp.mx

FACULTAD DE CONTADURÍA Y ADMINISTRACIÓN, UASLP

En el devenir tradicional educativo resulta común que en el nivel superior o medio superior un docente imparta su clase de manera verbal ante un grupo de alumnos que lo escuchan en silencio. En esta escena, ubicamos visualmente al profesor en un extremo del aula o quizá caminando de un lado a otro de ese espacio, y a su espalda, elementos de apoyo didáctico como el pizarrón o pintarrón, la pantalla u otro similar, insumos que acompañados del escritorio, pupitres o mesabancos presentan una imagen de forma cuadrada que ambienta el recinto escolar bajo una dinámica de oratoria.





De lo anterior, se denotan dos elementos de la educación: la infraestructura de un salón de clases y la manera de enseñar y aprender. Veámoslos en esa secuencia: el orden cuadrado que presentan los salones de clases pudiera limitar las formas de interacción entre el profesor y sus alumnos, pues el primero sólo es físicamente cercano a los estudiantes que se sientan adelante, así que para llegar a los que usualmente prefieren sentarse atrás, debe caminar hacia ellos y dar la espalda a los del frente y viceversa. Si se pretendiera una dinámica de trabajo en equipos, el tiempo para acomodar pupitres y mesas —ya sea cargándolos o arrastrándolos—, además del ruido que se genera, podrían llevar a desistir de hacer acciones de esta naturaleza, o dejarlas para “ocasiones especiales”, más aún si la clase sólo es de 60 minutos; esto atendiendo también a que en el posicionamiento de los alumnos ya integrados por equipos, algunos quedarán lejanos y otros cercanos al maestro, repitiendo con ello el esquema de caminata del profesor para acercarse a un grupo de alumnos y alejarse de otros.

Aun cuando lo reseñado no es necesariamente una regla y que también están otras formas de conformar un aula, como el caso de los escenarios tipo herradura que mejoran la

interacción visual y la cercanía entre el docente y el alumnado, en este caso se deja un plano estático en el que debe permanecer esa forma, pues moverla para una dinámica distinta llevaría a pensarlo más de una vez por las mismas causas ya enunciadas, agregándose otras limitaciones al movimiento de escenario, pues normalmente las mesas puestas en herradura cuentan con uniones para evitar espacios entre ellas, para evitar que puedan caer cosas al piso y por los enchufes para *laptop*.

Una vez que hemos puesto en contexto la infraestructura común que presentan las aulas en la escuela pública, se plantea una modificación en el acomodo del mobiliario de los salones de clase, que se piensa daría la posibilidad de convertirlos en un tipo de escenario teatral que en la brevedad de cada cierre y apertura del telón, el público aprecia una ambientación diferente, para constituir un orden al que llamaremos planetario, el cual parte de cambiar las hileras de mesabancos y un escritorio al frente y al lado de un pizarrón o pintarrón, por un ambiente dominado por círculos en vez de cuadrados, esto es: abrir un espacio circular en medio del salón y en el centro de ese círculo posicionar al profesor en un escritorio circular que asemeje a una dona, para que en el espacio vacío se coloque una silla con ruedas que permita al docente girar para tener una visión de 360°.

De esta forma, los estudiantes “gravitarán” alrededor del docente, al tiempo que se implementarían islas que inte-

gren equipos de dos a seis alumnos, dependiendo del número de educandos en el grupo. Por cada equipo habrá una mesa circular al centro, con amplitud suficiente para que cada estudiante pueda apoyar ambos brazos, su equipo, libreta, libro o medio de escritura y sillas con ruedas para que, con movimientos de giro, puedan posicionarse para el aprendizaje en equipo, grupal o individual.

Este orden planetario ampliaría exponencialmente la capacidad de un salón de clases para la aplicación y variación de múltiples dinámicas de aprendizaje a lo largo de la jornada escolar, y brindaría en su epicentro un espacio para la plática, meditación y reflexión. Por ello, el escritorio tipo dona del profesor y su asiento tendrían ruedas, podría ser plegable, para poder desplazarlas y liberar el espacio central para tener charlas con alumnos sentados sobre un piso de fomi o algún otro material de fácil limpieza y comodidad.

Como puede observarse, no se plantea que se dote a las escuelas de insumos tecnológicos, que por supuesto son deseables, como tabletas para profesores y alumnos, conectividad a internet en cada aula, pantallas de proyección en tiempo real de contenidos educativos acordes a prácticas virtuales o implementación de laboratorios, por mencionar algunos, sino que se acomode el mobiliario de manera diferente y utilizar las mismas materias primas que se utilizan ahora, u otras que sean más amigables con el medio ambiente, para fabricar mesas, escritorios, sillas y mesabancos, cambiando

su forma cuadrada por una circular y con ruedas.

Se destaca el punto de índole económico, porque a veces los proyectos de mejora traen consigo una serie de gastos que los condenan a la espera indefinida o a su demérito por modificaciones que reduzcan sus costos. Se considera que lo propuesto no genera gastos significativos adicionales a la escuela pública, o cuando menos de la magnitud de la tecnología indicada, manteniendo una visión presupuestaria de austeridad y una eficiencia en la administración pública, dado que lo mismo puede aplicarse a la escuela urbana o rural que a las de zonas marginadas y, en cambio, sí se contaría con un lugar que por su sola conformación amplíe la fluidez del aprendizaje y fortalezca exponencialmente la mejora continua en la calidad educativa.

En lo referente al método de aprendizaje de orador y auditorio, aludido al inicio de este artículo, no se expone un planteamiento en sí mismo novedoso, pues las dinámicas de estudio han sido ampliamente investigadas por los expertos de la pedagogía —que no es mi caso—, y lo único que buscamos es hacer un alto meditativo basado en la experiencia de ser alumno o profesor. En ese tenor propongo las siguientes reflexiones: ¿Cuánto tiempo puede un profesor-expositor mantener la atención del grupo?, ¿cuánto es el aprendizaje real (partiendo de la idea de que los educandos estén atentos)?, ¿cuánto tiempo pasará antes de que la tentación de voltear la

vista y el oído al dispositivo móvil haga su aparición o que la mente del alumno se ausente para trasladarse al pasado o al futuro?

Las respuestas pueden ser muy variadas y elaboradas, pero es difícil no pensar que el tiempo efectivo de atención y aprendizaje bajo la dinámica mencionada sería poco o de un promedio máximo de 45 minutos nada más, pues a diferencia de las generaciones pasadas, el reto para mantener el interés del oyente de una clase se intensifica por el acondicionamiento mental de estar pendiente de lo que le llega a su dispositivo móvil, y si no, preguntémonos cuánto tiempo resiste el educando la tentación de ver el mensaje que le llegó, precedido por el sonido o la iluminación que lo anuncia. Un minuto quizá, así como el hecho de que en vez de analizar un texto, concepto o práctica educativa, con sólo lanzar la pregunta a internet, nos dará no una sino diversas opciones de respuesta.

No se considera que esto último tenga alguna connotación negativa, toda vez que más que por conocimiento almacenado o memorizado, lo que es más apreciado en el mercado laboral es lo que se pueda hacer o desarrollar con ese conocimiento. Así entonces, después de transcurrido el tiempo marcado para mantener la atención del grupo por oratoria, el resto de la sesión educativa aumenta en la posibilidad de quedar en menor aprovechamiento, esto a reserva —claro— del interés propio del educando y del talento personal del expositor.

Entonces, habiéndonos declarado legos por origen de formación en la ciencia pedagógica, y conocedores sólo por estudio y experiencia —que normalmente acompañan a la práctica de la docencia en cuanto a dinámicas de aprendizaje se refiere—, estamos ciertos de que las instituciones educativas toman cartas en el asunto, dado que los planes de estudio actuales sugieren métodos de enseñanza como los ejercicios de lectura, aclaración de dudas, elaboración de casos prácticos, visitas guiadas a lugares en que se desarrollan las actividades para las que se aprende en la escuela, uso de bibliotecas, trabajos de equipo y muchos más, que no alcanzan la obligatoriedad de aplicación en el referido plan, en aras de preservar la libertad de cátedra —cuando menos en lo que a educación superior se refiere— y en el ramo de las asignaturas enfocadas a los ámbitos sociales, humanos, administrativos y de esa índole que logran desarrollarse a partir de contenidos literarios.

Sin embargo, a ese mismo nivel de sugerencia es que, bajo un carácter de necesidad, se acote la dinámica de un expositor y un auditorio que escucha, en función de fortalecer la aplicación de métodos de enseñanza similares a los que se usan en la educación preescolar, adaptados al grado escolar de que se trate. La referencia entonces al último grado educativo señalado es porque si regresamos hasta el nivel preescolar, quizá pudiéramos evocar remembranzas de lo rápido que parecía pasar la jornada escolar y las veces que regresábamos a casa

con el estribillo de alguna canción que la miss nos había enseñado: “... ahí viene la A... le sigue la E...” de Cri-Crí, por ejemplo, y no sólo cantar, sino hacer rondas, iluminar, dibujar, armar figuras o el empleo de franelógrafos que permitan visualizar figuras coloridas que muestran escenas a las que se acompaña alguna narración creativa que mantenía la atención del niño, y finalizaría con mensajes educativos que seguramente el pequeño platicaría a sus padres, por invocar algunas de las tantas actividades con que las maestras del jardín de niños lograban —y logran— mantener la atención y animosidad en el aprendizaje.

Dichas dinámicas, cuando menos en la educación gubernamental, disminuyen conforme se avanza en los niveles educativos, hasta quedar en mayor preponderancia la multicitada dinámica del expositor u orador, por lo que insisto en desarrollar el potencial humano del educando, recibiendo el conocimiento a través de la creatividad de métodos de enseñanza que, aunque en algunos casos parecieran dirigidos a los niños, al adaptarse a los demás niveles educativos facilitarían la comprensión a cualquier edad, además de la retención pero, sobre todo, la aplicabilidad del conocimiento.

Aunado a la implementación de la diversidad de métodos de enseñanza, para asegurar su aplicación en el proceso de aprendizaje y sin contravenir la libertad de cátedra (principalmente en educación superior o posgrado), los planes de estudio podrían complementarse con un indicador de



ISRAEL ALBERTO SERRANO TORRES

Licenciado en Derecho por la Universidad del Distrito Federal. Estudia la Maestría en Administración con Énfasis en Impuestos en la Facultad de Contaduría y Administración de la UASLP, de donde también es catedrático.



medición porcentual de dinámicas que no tengan que ver con la oratoria, resultando 50 por ciento más deseable y 51 por ciento menos deseable si se aplica la oratoria. Este indicador se soportaría en testigos de evidencia que pueden ir desde imágenes y exámenes hasta la asistencia periódica de coordinadores y supervisores a presenciar las clases, programas por calendario para métodos diversos a la oratoria, así como el llenado de mecanismos de reporte del docente y la encuesta aplicada al alumno, para referir la evidencia de dichas acciones, concluyendo con un estímulo al docente por método de enseñanza, que puede ser desde un reconocimiento, otorgamiento de insumos para su clase e investigación, económico acceso a mayor número de horas-clase y cualquier otro que la creatividad institucional armonice con un enriquecimiento de la cátedra y la austeridad presupuestaria, o mejor dicho, la eficiencia de la administración pública. 